CHIRIMOYA

Rodolfo Cerrón-Palomino

“Tiene la carne blanca y suavísima, con un agridulce apetitoso, de suerte que, a juicio de muchos, es la fruta mejor y más regalada de todas las naturales de Indias”.

Cobo ([1653] 1964: IV, VII, 240)

0. Los vocabularios modernos de indigenismos del área andina dan por sentado que *chirimoya*, el nombre vulgar de la *annona cherimolia*, es de origen quechua. Sin embargo, como se verá, existen sobradas razones para poner en duda por lo menos el carácter prístino de dicha etimología. En la presente nota nos ocuparemos de la biografía de esta palabra, para lo cual nos serviremos de los datos novedosos e insospechados que nos proporcionan las fuentes lexicográficas mochicas de reciente aparición.

1. SUPUESTO QUECHUISMO

La palabra *chirimoya* fue consignada como voz de procedencia quechua, a veces de manera implícita, desde por lo menos la segunda mitad del siglo XVII. Así, la registran,

en orden cronológico, Cobo ([1653] 1964: 240), Alcedo ([1786] 1967: 292), Pereira ([1816] 1893), Arona (1892), Lenz ([1905] 1977), Farfán (1957), Tascón (1961) y Ugarte (1997). Como quechuismo también figura en los diccionarios botánicos de Girault (1984: 205), de De Lucca y Zalles (1992), y de Brack Egg (1999). Sin embargo, no siempre los autores mencionados etimologizan el significado de la palabra. En efecto, de los lexicógrafos citados, sólo Alcedo, Lenz, Tascón, y Ugarte lo hacen; y de los tres botánicos mencionados, solamente los dos primeros lo hacen igualmente. El significado, con ligerísimas variantes, es el propuesto por Alcedo: “fruta de la semilla fría, porque lo es en sumo grado” (*op. cit.*, 292). Obviamente, la significación no podía ser sino resultado de una etimología popular, en este caso motivada por la interpretación del parcial *chiri*, que en quechua significa efectivamente ‘frío’; pero también de su segundo componente, es decir *muya*, que seguramente fue asociado con *muyu*, en cuya acepción de ‘círculo’ o ‘cosa redonda’, se ha querido encontrar una base para su extensión a favor de ‘fruto’ o ‘semilla’. De esta manera, se creyó que estaba asegurada la interpretación eminentemente quechua del vocablo. Sin embargo, sobra decir que, en términos de plausibilidad semántica, resultaba muy forzada una interpretación como la propuesta, y ello explicaría por qué Cobo, un gran experto en botánica tan dado a ofrecer etimologías, no se pronuncia en el presente caso, o un eximio filólogo como Lenz, tan cuidadoso en cuestiones etimológicas, no terminaba por convencerse del significado que él mismo sugería.

2. QUECHUISMO EN TELA DE JUICIO

La hipótesis del carácter genuinamente quechua del término tropieza por lo menos con dos aspectos críticos relacionados tanto con la naturaleza formal de la palabra cuanto con su documentación colonial. En efecto, tocante al primer punto, como ya lo señalaba Carrión (1983: 230), el mismo hecho de que el vocablo tuviera una estructura compleja (compuesta en este caso), y no simple, lo torna sospechoso

poniendo en duda su carácter originario; y, con respecto a su registro, llama poderosamente la atención que el término esté del todo ausente en los repositorios coloniales no sólo del quechua sino también del aimara. De hecho, dejando de lado a Cobo, la palabra *chirimoya* aparece consignada en los vocabularios quechuas o en los glosarios de quechuismos sólo a partir del siglo XVIII en adelante. Sintomáticamente, entre los viajeros quechuistas del siglo XIX sólo Markham (1864) la incluye, pues está ausente tanto en Tschudi (1853) como en Middendorf (1891), quienes, con su omisión, parecen haber dudado del origen nativo del vocablo. Los vocabularios modernos del quechua, a su turno, la registran simple y llanamente, unas veces aceptando la etimología propuesta, y otras asumiendo tácitamente su carácter genuinamente nativo (cf. Cordero [1895] 1992, Lira [1941] 1982, Torres 1982, Academia del Cuzco 1995).

Ahora bien, de acuerdo con lo señalado hasta aquí, no hay duda de que el vocablo que nos ocupa, si bien de apariencia quechua, no puede ser una designación originaria del fruto respectivo. De hecho, en el mejor de los casos, tenemos allí un compuesto, mas no un primitivo léxico, de carácter descriptivo y no denotativo *strictu sensu*, por lo que cabe preguntarse si, al no registrar el quechua una raíz originaria, tampoco existiría el referente material respectivo. El hecho de que la voz esté ausente en los vocabularios tempranos apuntaría justamente en esa dirección. Es más, la misma “propuesta andina” del origen del fruto, como la llama Carrión, carecería de sustento desde el momento en que el aimara, al igual que el quechua, tampoco registra un término propio, y sólo tardíamente consigna <yuructira>, una voz igualmente compuesta, aunque esta vez de procedencia mucho más oscura aún (cf. De Lucca 1983)¹.

¹ De hecho, asumiendo que esta voz es igualmente compuesta, presenta una fisonomía más bien quechua antes que aimara, por lo menos con relación a su primer elemento, para el cual postulamos la variante

Quien, en efecto, postula un origen importado del fruto, es nada menos que el propio Bernabé Cobo. Oigamos lo que nos dice al respecto el eximio naturalista historiador:

Ha pocos años que se da en este reino del Perú la *chirimoya*, la cual, donde yo primero la vi fue en la ciudad de Guatemala el año de 1629, caminando para México; y parecióme fruta regalada, que sentí careciese della este reino; y así, envié desde allí una buena cantidad de sus pepitas a un conocido, para que las repartiese entre los amigos, como lo hizo. De manera que cuando volví yo de México, al cabo de trece años, hallé que ya habían nacido muchos destos árboles y llevaban fruto [...] (*op. cit.*, 240-241).

Como puede apreciarse, según el testimonio del historiador jesuita, no habría lugar a dudas: la *chirimoya* sería un fruto proveniente de la América Central. Ello explicaría, naturalmente, la inexistencia de términos primigenios nativos que la designen en las lenguas andinas mayores. Las denominaciones de *chirimoya* y *yuructira*, lexemas compuestos registrados modernamente en quechua y aimara, respectivamente, serían acuñamientos tardíos introducidos luego de conocerse el referente. En última instancia, para redondear la hipótesis del origen extrandino del fruto, parecería que tampoco “el habitat de la planta corresponde al ecúmeno quechua”, como lo sugiere nuestro colega y amigo Carrión (*op. cit.*), cuyos pueblos se asientan en efecto por encima de los 2,600 metros de altura sobre el nivel del mar. ¿Qué podemos decir al respecto?

yuruq de *yuraq* ‘blanco’, registrada en las hablas ecuatorianas. Quedaría el parcial *tira*, que en aimara significa ‘cuna’ o ‘parte baja de un terreno’. Quizás, entonces, *yuruq-tira* podría significar, figuradamente, algo así como ‘(la fruta) cuya parte interna es blanca’, expresión que en efecto describe la pulpa de la *chirimoya*.

3. FRUTA NATIVA Y NOMBRE DERIVADO

La hipótesis del origen mesoamericano de la chirimoya, no obstante la opinión aparentemente autorizada de Cobo, choca frontalmente con las evidencias aportadas tanto por la arqueología como por la botánica. En efecto, no sólo son comunes y familiares los huacos prehispánicos que ostentan representaciones de la fruta apetecida sino que también es frecuente hallar semillas de anonáceas en los entierros del precerámico (cf. Bonavia 1991: cap. V, 130). De otro lado, está probado el carácter nativo de la planta, como arbusto que crece, incluso en estado silvestre, entre los 2,000 y 2,700 metros sobre el nivel del mar, en los valles occidentales, interandinos y orientales del norte, centro y sur del Perú (cf. Weberbauer 1945: 625)². ¿Cómo conciliar entonces la ausencia de la palabra con la presencia de la cosa? Lo más probable es que la fruta, aunque familiar a los pobladores de pisos ecológicos más bajos, como los de la costa norte peruana, haya sido ajena a la dieta de los serranos quechuas y aimaras, habitantes de zonas ubicadas por encima del límite de distribución de las anonáceas. Ello quiere decir que, habiendo sido conocida por los costeños, particularmente por los mochicas, debió haber tenido una designación nativa, propia de las lenguas de dichos pobladores. Cuando tales poblaciones fueron sometidas al imperio incaico, quechuas y aimaras habrían conocido finalmente la apreciada fruta, como ocurrió con otras, según nos lo cuentan algunos cronistas³. Fue entonces cuando se

² Si bien, por lo que acabamos de ver, lo sostenido por los académicos cuzqueños del quechua (cf. *op. cit.*), en el sentido de que la chirimoya habría sido domesticada por los incas (del mismo modo en que la papa lo habría sido también, como si huaris y tiahuanacotas no la hubiesen conocido!), no tiene el menor sustento, no deja de ser un error, esta vez por parte de la Academia de la Lengua Española, seguir manteniendo que el chirimoyo sea únicamente "originario de la América Central y Venezuela" (cf. RAE 2001).

³ Tal parece haber sido el caso, por ejemplo, del pepino (*solanum muricatum*), introducido al quechua como <cachum> y al aimara como <cachuma>, hoy palabra casi obsoleta ya. Cuenta el cronista soldado,

habrían acuñado las designaciones modernas mencionadas, particularmente la de **chirimuyu*, recurriendo no al préstamo (como habría sido el caso de *palta*, por ejemplo), sino a la descripción o al calco, o a ambas estrategias a la vez, pero empleando recursos léxicos nativos. Nuestro paso siguiente está destinado a indagar sobre esto último.

4. EL APOORTE MOCHICA

Gracias al esmero de José Antonio Salas, joven investigador peruano, podemos contar ahora con una edición cuidadosa del vocabulario mochica del estudioso germano Enrique Brüning ([1924] 2004), uno de los últimos recopiladores del léxico de la otrora lengua regional de la costa norte del Perú, que se extinguió al promediar el siglo XX. A diferencia de los vocabularios mochicas previos (ver ahora Salas 2002), que simplemente no registran el equivalente de *chirimoya*, el de Brüning lo hace, por primera y única vez, consignando la voz <maça>, es decir *masa*. Que la voz no debió ser desconocida del todo, al menos entre los especialistas, nos lo demuestra el botánico cuzqueño Herrera, quien registra <masa>, como equivalente de la *annona cherimolia*, y el híbrido <masa samba>, como el nombre vulgar de la *annona montana* (cf. Herrera 1941: 243). Por lo visto, además, todo parece indicar que en verdad *masa* era un nombre genérico para designar a las especies de la familia anonácea. Es más –ahora lo sabe-

que estando Huaina Cápac de paso por el Chimo, “ques [don]de agora está la çibdad de Trujillo, estava un yndio viejo en un[a] sementera, y como oyó que pasava el rey por allí çerca, y que cojó [tres] o quatro pepinos y que con su tierra y todo se los llevó y le dixo: “Ancha hatun apo mico cambia”, que quiere dezir: “Muy gran señor, come tú esto”; y que delante de los señores y más jente, tomó los pepinos y comiendo el uno dellos, dixo mirando a todos por agradar al viejo: “Xulluy ancha misqui cay”, que en nuestra lengua quiere dezir: “En verdad ques muy du[l]çe esto”, de que todos reçibieron grandísimo plazer” (Cieza de León [1551] 1983: LXVI, 198). De paso, las expresiones quechuas son propias de un aprendiz de la lengua, que era el caso de Cieza.

mos-, el término podía emplearse, en tiempos en que florecían las sociedades de la costa norte peruana, como epíteto o nombre propio de los gobernantes locales. Así, en la genealogía de los descendientes del Chimo Capac que nos ha transmitido Cabello Valboa figuran <Pongmassa> y <Pallesmassa> (cf. Cabello [1586] 1951: III, XVII, 329). Tales nombres, como se ve, son compuestos que conllevan como núcleo común la palabra *masa*, y cuyo primer elemento, a manera de modificador, se puede interpretar como <pong> ‘piedra’ y <paxllæc> ‘pallar’, respectivamente⁴. De manera mucho más interesante, los cronistas iniciales de la conquista reportan el nombre del cacique de Tumbes como <Quilimasa> (Francisco de Jerez [1534] 1987: 162), <Chilimasa> (Estete [1535] 1987: 286), <Chirimasa> (Ruiz de Arce [1545] 1968: 418), y <Chile Masa> (Pizarro [1571] 1968: 23). No hay duda de que aquí también tenemos al frente el mismo nombre de *masa*, pero esta vez, de manera mucho más crucial, precedido de un modificador cuya forma básica puede ser restituida como *chili* alternando con *chiri*. Queda por averiguar la etimología de este nombre que, a menos que caigamos en el mismo error en el que incurren los quechuistas aficionados, no puede ser tomado tan a la ligera como equivalente del quechua *chiri* ‘frío’.

Pues bien, para seguir con el mochica, ocurre que esta lengua registra la voz <chelli>, con las acepciones de ‘rizado’ y ‘desigual’, según lo anotó Middendorf (cf. Salas, *op. cit.*, 152). ¿Será esta palabra auténticamente mochica? De no ser porque el aimara collavino registra *chhiri*, con el mismo significado de ‘ensortijado’ o ‘crespo’ (cf. De Lucca, *op. cit.*), o mejor aún *chhilli*, en la variedad acoreña de Puno (cf. Büttner y Condori 1984), en la que alterna con la primera forma, nada impediría que la

⁴ De paso, notemos que la voz <paxllæc>, del que deriva nuestro *pallar*, está presente también en los nombres dinásticos mochicas, comenzando por el del mítico <Ñaimpaxllæc>, del cual deriva el nombre de Lambayeque. De éste y de otros aspectos de la onomástica propia de la lingüística norcosteña se ocupa Salas (en preparación).

diéramos por originariamente mochica. Sin embargo, frente al registro apabullante del término por parte del aimara, creemos que hay suficiente razón para sostener que la voz mochica no sería sino un préstamo de aquella lengua. Debemos apurarnos en señalar, empero, que la palabra no habría sido tomada directamente del aimara sino a través del quechua. Para ello conviene recordar que al tiempo en que los pueblos de la costa norte son incorporados al imperio incaico (ca. 1470) los conquistadores incas no sólo acababan de mudar de lengua, abandonando el aimara a favor del quechua, sino que la mayor parte de sus huestes provenían del altiplano (cf. Cerrón-Palomino 2003). Dentro de dicho contexto no debe extrañar que un término como *chhiri*, o mejor aún, su variante *chhilli*, haya pasado al mochica, como muchos otros quechumaranismos sobre los que llamamos la atención en anterior oportunidad (cf. Cerrón-Palomino 1989). En el paso de una lengua a otra, como es natural, se habrían efectuado algunos reajustes tanto en el timbre vocálico como en la simplificación de la africada aspirada inicial. Como quiera que hubiese sido, el hecho es que, gracias al registro de la palabra, tanto en el aimara como en el mochica, ahora podemos saber que el significado de <Chilimasa>, nombre del cacique tumbecino, sería literalmente ‘Chirimoya ensortijada’. De paso, la expresión nos confirma que *masa*, nombre genérico, podía especificarse mediante un modificador como *chilli*, para aludir descriptivamente a la cáscara de la fruta, que presenta “pequeñas protuberancias y escamas, con frecuencia cubierta por franjas negras a modo de una malla” (Tschudi [1846] 2003: IX, 160). Ello explicaría, además, en el imaginario andino, no sólo aquello de la *masa samba* sino también el hecho de que, en algunos dialectos del quechua, se moteje de *chirimuya uma* ‘cabeza de chirimoya’ al que tiene cabellos ensortijados.

5. CALCO SEMÁNTICO

Una vez demostrado, si bien indirectamente, el empleo de la expresión mochica *chilli-masa*, creemos estar a un paso de dar, finalmente, con la etimología de *chirimoya*. En efecto,

la designación mochica, en sí misma híbrida, conforme lo sugerimos, pudo haber pasado directamente, bajo dicha forma, al quechua; sin embargo, tal parece que se prefirió el calco parcial del segundo elemento del compuesto, es decir *masa*, que fue interpretado como ‘fruto’. Para ello, el quechua disponía por lo menos de dos lexemas: *ruru*, más genéricamente, y *muhu*, que primariamente significaba ‘semilla’. Esta última raíz tenía, como hasta ahora, una variante en la forma de *muyu*, registrada en los dialectos quechuas del norte, en especial del Ecuador (cf. Stark y Muysken 1977). De esta manera se habría tenido *chilli-muyu*, que a su vez alternaría con otra similar, pero que en esta oportunidad se habría valido de la variante *chiri* en lugar de *chilli*. Así llegamos, en efecto, a la denominación de *chiri-muyu*⁵. Lo demás es historia fácil de explicar, comenzando por el hecho de que, una vez ingresada al castellano, la expresión tuvo que atender a la necesidad, sistemática en esta lengua, de distinguir entre el árbol y la fruta, y así como de *palta* y *lucma* se derivaron *palto* y *lucmo*, respectivamente, para designar al árbol, en el caso de *chiri-muyu*, que sólo podía interpretarse como nombre del árbol, fue necesario derivar *chiri-muya* para referir a la fruta. Esta es la forma, más ortodoxa desde el punto de vista del quechua, que recoge y canoniza precisamente el cronista Cobo. De paso, el parcial derivado *muya* sería en adelante una de las trampas en las que cayeron los etimologistas aficionados, entre ellos Markham (*op. cit.*), quien creyó ver en él la voz quechua *muya* ‘huerto’. Pero también el elemento *muyu* desorientó por igual a los espontáneos, al igualarlo con la raíz quechua *muyu* ‘redondo’, ‘redondez’, por desconocimiento de la variante *muyu* de *muhu* ‘semilla’. En suma, queda claro que la voz *chirimoya* fue el resultado de distintos procesos poliglósicos de remodelamiento formal y semántico, en los que intervinieron

⁵ La toponimia peruana registra los nombres híbridos de *Chilifruta* (Huanayo, Junín) y *Chillifruta* (Azángaro, Puno), que obviamente parecen estar aludiendo a la *chirimoya*, aunque finalmente se nos escape la motivación directa de los mismos.

por lo menos tres de las lenguas más difundidas del antiguo imperio incaico (quechua, aimara y mochica, en ese orden), a las que se incorporó, dándole su toque final, el castellano. ¿Termina aquí nuestra pesquisa etimológica? No lo creemos así.

6. ¿MOCHICA O QUINGNAM?

Queda, en efecto, un problema final por resolver, y que tiene que ver con la voz *masa*. Ocurre que <Pongmassa> y <Pallesmassa>, los jefes descendientes de la dinastía del Chimo Capac, hablarían la lengua de su propio reino, que era la quingnam y no la mochica. Si bien parece que estas dos lenguas se superpusieron entre los valles de Chicama y Jequetepeque (Trujillo), sede aproximada del reino de Chimor, como lo han tratado de establecer los estudios lingüísticos más recientes (cf. Cerrón-Palomino 1995: cap. I), llama poderosamente la atención que los gobernantes chimúes, de habla quingnam, se nombrasen recurriendo a una voz mochica, propia de los vencidos. Lo mismo puede decirse de <Chilimasa>, el cacique de Tumbes, que parece haber sido descendiente de los jefes locales establecidos por los gobernantes chimúes, ya que, como refiere el cronista agustino, “el Chimo [...] fue conquistando los Indios Yungas, i aziendo tributarias las Provincias destos llanos desde Paramonga asta Payta y Tumbes” (cf. de la Calancha [1638] 1977: III, II, 1235). ¿No sería entonces más lógico pensar que el nombre *masa* fuera de origen quingnam, incorporado luego al mochica? ¿O es que, como se ha señalado tradicionalmente, el quingnam y el mochica no serían sino dos dialectos de una misma lengua? En todo caso, sin ánimos de entrar aquí en este debate, quisiéramos reconocer, humildemente, que los lingüistas no disponemos de mayores informaciones sobre la lengua quingnam, más allá de algunos indicios de carácter documental y onomástico. Como quiera que, por lo demás, no es novedad que nuestros historiadores y arqueólogos suelen hacer hablar a los chimúes en mochica, por lo menos para ellos, el problema planteado al inicio de esta sección no sería tal.

ACADEMIA QUECHUA

1995 *Diccionario quechua-español-quechua*. Cuzco: Municipalidad del Cuzco.

ALCEDO, Antonio de

[1786] 1967 *Diccionario geográfico histórico de las Indias Occidentales o América*. Madrid: BAE, Ediciones Atlas. Tomo IV.

ALVAREZ VITA, Manuel

1990 *Diccionario de peruanismos*. Lima: Ediciones Librería Studium.

ARONA, Juan de

1884 *Diccionario de Peruanismos*. Lima: Librería Francesa Científica, J. Galland.

BONAVIA, Duccio

1991 *Perú: hombre e historia. De los orígenes al siglo XV*. Lima: EDUBANCO.

BRACK EGG, Antonio

1999 *Diccionario enciclopédico de plantas útiles del Perú*. Cuzco: C.E.R.A. "Bartolomé de Las Casas" y PNUD.

BRÜNING, Hans Heinrich

[1924] 2004 *Mochica Wörterbuch. Diccionario mochica-castellano/castellano-mochica*. Lima: Universidad San Martín de Porres.

BÜTTNER, Thomas y Dionisio Condori

1984 *Diccionario aymara-castellano*. Puno: Proyecto Experimental de Educación Bilingüe.

CABELLO VALBOA, Miguel

[1586] 1951 *Miscelánea antártica*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

- CALANCHA, Antonio de la
[1638] 1977 *Crónica moralizada*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Tomo IV.
- CARRIÓN ORDÓÑEZ, Enrique
1983 *La lengua en un texto de la Ilustración*. Lima: Fondo Editorial de la PUCP.
- CERRON-PALOMINO, Rodolfo
1989 "Quechua y mochica: lenguas en contacto". *Lexis*, 12: 1, pp. 47-68.
1995 *La lengua de Naimlap (reconstrucción y obsolescencia del mochica)*. Lima: Fondo Editorial de la PUCP.
2003 "El aimara como lengua oficial de los incas". *Lengua*, 16, pp. 57-76.
- CIEZA DE LEÓN, Pedro de
[1551] 1985 *Crónica del Perú. Segunda Parte*. Lima: Fondo Editorial de la PUCP.
- COBO, Bernabé
[1653] 1956 *Historia del Nuevo Mundo*. Madrid: BAE, Ediciones Atlas. Tomo I.
- CORDERO, Luis
[1895] 1992 *Diccionario quichua-castellano y castellano-quichua*. Quito: Corporación Editora Nacional.
- DE LUCCA, Manuel
1983 *Diccionario práctico aymara-castellano / castellano-aymara*. La Paz: C.A.L.A.
- DE LUCCA, Manuel y Jaime Zalles
1992 *Flora medicinal boliviana. Diccionario enciclopédico*. La Paz: Editorial "Los amigos del Libro".

ESTETE, Miguel de

- [1535] 1987 *El descubrimiento y la conquista del Perú*. En SALAS, Alberto *et al.* (eds): *Crónicas iniciales de la conquista del Perú*. Buenos Aires: Ed. Plus Ultra, pp. 269-319.

FARFÁN, J. María B.

- 1959 *Quechuismos: su ubicación y reconstrucción etimológica* (Sobretiro de la *Revista del Museo Nacional*, Tomos XXVI-XXVIII).

GUIRAULT, Louis

- 1984 *Kallawayá. Guérisseurs itinérants des Andes*. Paris: Editions de l'ORSTOM.

HERRERA, Fortunato L.

- 1941 *Sinopsis de la flora del Cuzco*. Lima: Samarti. Tomo I.

JEREZ, Francisco de

- [1534] 1987 *Verdadera relación de la conquista del Perú y provincia del Cuzco*. En *Crónicas iniciales de la conquista del Perú*, pp. 147-251.

LENZ, Rodolfo

- [1905] 1977 *Diccionario etimológico de las voces chilenas derivadas de lenguas indígenas americanas*. Santiago: U. De Chile, Seminario de Lingüística Hispánica.

MARKHAM, Clements R.

- 1864 *Contributions towards a Grammar and Dictionary of Quichua*. London: Trübner & Co.

MIDDENDORF, Ernst W.

- 1890 *Wörterbuch des Runa Simi oder der Keshua-Sprache*. Leipzig: Brockhaus.

- [1891] 2002 *[Vocabulario mochica-castellano/castellano-mochica]*. En SALAS, José Antonio (Ed.), pp. 149-204.

PEREIRA Y RUIZ, Antonio

[1816] 1967 *Noticia de Arequipa*. En CARRIÓN, Enrique (ed.), pp. 365-446.

PIZARRO, Pedro

[1571] 1978 *Relación del descubrimiento y conquista del Perú*. Lima: Fondo Editorial de la PUCP.

REAL ACADEMIA

2001 *Diccionario de la lengua española*. Madrid: Espasa Calpe S.A.

RUIZ DE ARCE, Juan

[1545] 1968 *Advertencias [...]*. En *Biblioteca Peruana*. Lima: ETA. Tomo I, pp. 407-437.

SALAS, José Antonio

2002 *Diccionario mochica-castellano/castellano-mochica*. Lima: Universidad San Martín de Porres.

2005 *Historia de las lenguas de la costa norte*. Tesis en preparación.

STARK, Louisa y Pieter Muysken

1977 *Diccionario español-quichua/quichua-español*. Quito-Guayaquil: Publicaciones de los Museos del Banco Central del Ecuador.

TASCÓN, Leonardo

1960 *Diccionario de provincialismos y barbarismos del valle del Cauca y Quechuismos usados en Colombia*. Cali: Biblioteca de la U. del Valle.

TORRES, Glauco

1982 *Diccionario kichua-castellano, yurakshimi-runashimi*. Cuenca: Casa de la Cultura Ecuatoriana.

TSCHUDI, *Johann Jakob von*

[1846] 2003 *El Perú: esbozos de viajes realizados entre 1838 y 1842*. Lima: Fondo Editorial de la PUCP.

1853 *Die Kechua-Sprache*. Wien: Aus der Kaiserlichen Hof-und Staatsdruckerei.

UGARTE CHAMORRO, Miguel Angel

1995 *Vocabulario de peruanismos*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

WEBERBAUER, Augusto

1945 *El mundo vegetal de los Andes Peruanos*. Lima: Ministerio de Agricultura.